

LA LUZ DE LA VENIDA DE CRISTO

Orville Swindoll

Hace unos años mi médico descubrió que yo tenía algunas palpitaciones irregulares del corazón que, con el tiempo, logramos regularizar con dos medidas: una medicina que tomo todos los días y una caminata de media hora que hago muy temprano cada mañana. La caminata no solo sirvió para liberarme de una vida muy sedentaria sino también para despejar mi mente bien temprano cada día.

Cuando salgo a caminar en mi barrio el sol todavía no se ha levantado, de modo que camino en una especie de penumbra al principio. Hay un poco de luz del alumbramiento artificial de la calle y, cuando tenemos luna llena, un poco de luz de la misma, que es una luz reflejada del sol.

Pero cuando concluyo la caminata media hora más tarde ya se ha levantado el sol y todo el barrio está bañado en luz. Hay una gran diferencia entre la posibilidad de la visión cuando se tiene que depender de la luz artificial o de luz reflejada y la otra de poder ver todas las cosas a plena luz del sol. Con esto quiero ilustrar nuestra experiencia de Cristo en la actualidad, en comparación con la experiencia de Cristo en su venida en gloria.

Para esto nos ayudará tener presente tres palabras griegas que se usan en la Biblia para referirse a la venida de Cristo. Son *epifaneia*, *parousía* y *apocalipsis*. Trataré de explicar esto.

La palabra *epifaneia* significa manifestación, despliegue glorioso. Una definición del léxico griego es «una visible manifestación de una divinidad oculta o encubierta, sea en la manifestación de su presencia personal o por medio de una obra de poder por la cual hace conocer su presencia. Por ejemplo, en Hechos 2:20 el apóstol Pedro menciona, en relación con la venida de Cristo: *«El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del Señor, día grande y esplendoroso.* Aquí, la palabra traducida «día esplendoroso» es *epifaneia*. En 1 Timoteo 6:14, Pablo encarga a Timoteo *«que guardes este mandato sin mancha ni reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo»*, y la palabra traducida «venida» es *epifaneia*. Hay varios textos más donde se usa la misma palabra, pero menciono uno solo, que es 2 Tesalonicenses 2:8 donde Pablo afirma: *«Entonces se manifestará aquel malvado, a quien el Señor Jesús derrocará con el*

soplo de su boca y destruirá con el esplendor de su venida». En este texto la palabra «esplendor» es la traducción de *epifaneia*.

En el mismo pasaje aparece la segunda palabra que mencioné antes: *parousía*. Se traduce en el mismo texto como «venida», o sea, «el esplendor de su venida» viene a ser «la *epifaneia* de su *parousía*». Esta palabra *parousía* significa presencia, venida o llegada. Se usa varias veces en el discurso de Cristo en Mateo 24 sobre su venida y los acontecimientos que se relacionan con su venida. Por ejemplo, en el v. 3 los discípulos preguntan a Jesús: «¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?» Aquí, la palabra «venida» viene de *parousía*. También en los versículos 27, 37 y 39 aparece la misma palabra traducida «la venida del Hijo del hombre», en referencia a su regreso a la tierra.

La tercera palabra griega es *apocalipsis* y se usa como nombre del último libro de la Biblia, porque comienza con las palabras: «Esta es la revelación de Jesucristo». La palabra *apocalipsis* viene del verbo *kalipto* que significa encubrir o esconder, y el prefijo *apo* que significa «de, o desde». Por lo tanto, *apocalipsis* es revelación, el desvelo de algo que no se veía; es el acto de remover el velo.

Por ejemplo, se usa en Romanos 2:5, donde Pablo advierte: «Pero por tu obstinación y por tu corazón empedernido sigues acumulando castigo contra ti mismo para el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio». La traducción literal de las últimas palabras del texto sería: «día de ira y revelación del justo juicio de Dios». La palabra «revelación» es *apocalipsis*. También, en 1 Corintios 1:7, Pablo se refiere a los creyentes que «esperan con ansias que se manifieste nuestro Señor Jesucristo». Las últimas palabras se traducen literalmente «la revelación (*apocalipsis*) de nuestro Señor Jesucristo».

Resumiendo todo esto, la idea es que, previo a la venida de nuestro Señor Jesucristo vemos como en la penumbra. Lo que vemos es real, es genuino, pero es parcial. A veces, *apenas* podemos ver o vislumbrar las cosas. La idea es que con la salvación en Cristo Dios arrojó luz en nuestra senda, pero no es todavía la luz plena. Es como que Dios descorrió un poquito el velo de su gloria para que pudiéramos contemplar su presencia gloriosa. Es como estar sentado en un teatro esperando que comience la producción en el escenario. De pronto sale una persona por la cortina que cubre todo lo que hay detrás para anunciar al auditorio que está a punto de comenzar el drama que todos vinimos a presenciar. Cuando sale por las

cortinas vemos apenas la luz brillante que hay detrás. Quizá podemos vislumbrar algún personaje o algunos de los elementos propios del escenario. Pero no es mucho lo que podemos ver, pues no se ha descornado aún la cortina. Lo que logramos ver es maravilloso y produce en nosotros un apetito —unas ansias— para ver más, pero no nos queda otra posibilidad que esperar hasta que comienza el gran acto de la producción maestra.

Un error común a los que hemos visto un poquito de luz cuando se descorrió el velo en un instante en la vida o cuando Dios arrojó su luz brillante sobre nuestra senda en una ocasión, es suponer que ya podemos describir el escenario definitivo y glorioso. Estamos tentados a «extrapolar», o sea, deducir cómo será al final en base a nuestra experiencia parcial e incompleta. Tenemos luz para ver donde estamos, pero no podemos ver con claridad lo que hay por delante. Si pretendemos especular con el futuro, nos quedaremos con proyecciones nuestras, pero no con la realidad esplendorosa y a plena luz de la presencia de Cristo. Para eso tenemos que esperar con paciencia y, como dice Pablo, con ansias.

Por eso, el lenguaje que usamos para referirnos a lo que está por venir es el idioma de imágenes, de figuras, de simbolismo. La Biblia habla de calles de oro para señalar el valor y la gloria de las cosas eternas, de puertas que son joyas, de que no hay lumbreira ni templo en la ciudad celestial. Nuestro problema es que se trata de un escenario desconocido en nuestra experiencia hasta el momento. Sin embargo, esto podemos saber: lo que Dios nos ha revelado en Cristo, la luz que arroja en nuestra senda, es la luz verdadera y digna de toda confianza. Solo que no tenemos aún la experiencia plena y, por lo tanto, no podemos explicar todo lo que quisiéramos.

Lo que ya sabemos es que la gloria que ha de revelarse con Cristo en su venida no es digna de compararse con nuestras penas y nuestros sufrimientos aquí y «entre tanto». Cuando Cristo viene, tendremos plena luz. El apóstol Juan lo resume en estos términos (1 Juan 3:2–3):

«Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. Todo el que tiene esta esperanza en Cristo, se purifica a sí mismo, así como él es puro.»